

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 1.º de Septiembre de 1898

Núm. 406



La pesca del boliche: — Cobrando las redes.

Burlas simbólicas

(Crónica escrita el año 1000 y transmitida por monófono.)

He oído que eso de la conferencia tiene cuatro bemoles.

¿Se hablará en inglés? se hablará en francés?

Hay para que Sidi-Mahomet-Torres no duerma tranquilo en su serrallo.

O para que suprima Cleopatra (que en virtud de un tratado reciente con los brakmines ha subido de reina al rango divino de diosa, habiéndosele asignado el imperio de la Caldea, que acaba de conquistar su canciller Carlomagno), para que suprima, digo, el veraneo á las playas de Biarritz, que, según mis informes, decidió recetarle su médico de cámara, el ilustre Sellés.

Entre eso y la falta irrespetuosa de la lluvia, no hay ciudadano en las inmortales Batuecas que pueda conciliar el sueño.

El bajá de tres colas Moret, no come á manteles, ni se tiende en colchón de plumas, y no anda bebiendo

los vientos, porque ya ni aire que amengüe el calor sopla en los vastos territorios del gran Sirio.

Sí, Moret está preocupado: á toda hora del día se le halla martirizando una gramática inglesa, que le prestó hace medio siglo Irving, y que él no tomó á pechos repasar por creer la cosa más fácil trastear ingleses.

Ya sabe decir: *The Cleveland's amiti, I am sorry!*

Pero ahora el gran Moctezuma I dice que no hay *tutía*: que si los scitas no saben inglés que se chupen el dedo, y que á él no le vayan con diplomacias y con idiomas oficiales.

Para eso es vencedor en toda la extensión de las tierras y de los mares.

Para eso ha proclamado á la faz de los gnomos sorprendidos, que el Asia

no tiene fronteras y que es icito resucitar el derecho de conquista y el triunfo de las bengalas de luz, para destruir buques.

¿Cómo va á consentir Moctezuma, quien no entiende, fuera de su lengua de perros, más que el sandscrito, que se hable en francés?

¡Taday! Su representante en la baja latinidad ha tratado en cueros, pero no en idiomas. Los intérpretes no le sirven, y además, no es tan confianzado como Moret.

Por fortuna, de aquí á entonces el bajá sabrá decir *yes*, que es cuanto se necesita.

Eso si no se confirma lo que en secreto me ha dicho un persa, amigo mío: que Irving le regaló una gramática alemana, sin que el otro lo notase á pesar de su trato con ingleses.

¡Ah, si los scitas me creyeran! Yo, como buen batueco que soy, me acogería al derecho internacional reconocido en el tratado de Babilonia.

Impondría un idioma muerto: el griego, el latín ó el mokábaro.

Y naturalmente, así resultaría todo lo que se hiciese... letra muerta también.

EL OTRO BACHILLER.





Las tardes del lago.

Las pedreas

CAPÍTULO IV

Continuación. — Fuerzas bárbaras. — Ataque. — Un prisionero. — Plan envolvente. — Derrota. — Bases de capitulación. — Orden del día. — En columna de honor.

Daba gusto ver cómo desfilaban las guerrillas; saludábannos los capitanes y seguían con su gente hasta formar á retaguardia en correcta línea de formación; quedé satisfecho: mis soldados eran instruidos, serios, formales. He de confesar que me enamoré desde pequeño la disciplina y, aunque no sea en mi abono, que siempre tuve inclinaciones á la dominación, á ejercer cierto ascendiente sobre los míos, á desplegar dotes, á veces despóticas, de mando.

Todo iba á pedir de boca, cuando uno de los vigías, destacados en servicio de avanzadas, llegó jadeante á presencia del general, y le dijo que en la parte baja, en la llanura, habían entablado singular combate dos grupos insurrectos. Se apedreaban con hondas, y eran mo-

zalbetes del pueblo. Como es punto vulgarísimo de estrategia (que está al alcance de toda suerte de combatientes) dominar los puntos altos, uno de los bandos, según he dicho en el capítulo anterior, tomaba posiciones en la carretera, con intento seguro de ampararse del sitio ocupado por el cómico ejército del general Soler. Pidióme éste consejo, y yo dije que la coyuntura era admirable para el simulacro que dispuso.

— Pues manda las guerrillas — díjome lacónicamente.

Y seguido del ayudante, de Cortul y de



— Mira el enemigo, apunta bien, pero se queda corto.

Medina, que formaban su estado mayor, dirigióse á la boca del horno para presenciar la pedrea.

Faltándonos jefes en las guerrillas, dispuse que oficiaran los sargentos de dos de ellas de capitanes, y tocóles en suerte la gracia á Lucio Sorollá y á Pepe Rico, dos de los adelantados también en la escuela de Lugo. Coloqué al primero en la extrema vanguardia y di orden al segundo de que, á una señal del tamborcillo de órdenes, cayese por el atajo más distante sobre el enemigo castigado, el que combatía desde el llano contra los que ganaban terreno en la altura.

—Avanzarás — le dije á Rico — á la carrera para inutilizar el efecto de las hondas y ponerte á tiro de brazo.

A seguida' desplegué el resto de mis fuerzas en dos alas, dejando la prudente reserva para completar las bajas, si las había: y esto de modo que los insurgentes recibieran por igual las piedras de los míos, hostigados desde cuatro puntos á la vez, en posición envolvente.

Di la voz de ataque: el tambor echó al aire las notas desiguales de su bárbaro redoble, y ocurrió lo que yo había previsto: aunque no teníamos nosotros hondas, el empuje fué tan violento y brusco, que los dos bandos contrarios, encontrándose á un tiempo mismo cada uno con dos enemigos á la par, sufrieron un desbarajuste horrible. Aprovechólo admirablemente Sorollá para caer de un salto con dos números sobre la retaguardia del grupo que combatía, y haciendo presa en el jefe (cierto que Sorollá era un grandullón de envidiable musculatura), arrastrólo hasta sus posiciones. La gente del preso se revolvió para recuperarlo, pero una hábil maniobra de avance del cabo Félix Martín (segundo de Sorollá) desbarató la acometida. Con dos guardias que le amarraban fuertemente por los brazos, haciendo argolla de los suyos, fué conducido el insurrecto á mi presencia, y yo lo remití á buen recaudo, esto es, al horno donde se hallaba el general y de donde era imposible que escapase.

Entre tanto Rico, que podía muy bien tener inutilizado á su enemigo, por haberse puesto al abrigo de unas empalizadas, nada más hizo que aguantarse en su posición. Mandéle una guerrilla de refresco con orden al capitán de que tomase la ofensiva, antes de que los dos bandos se unieran, pues como yo calculaba, hacían causa común contra nosotros. Y en efecto, viéndose sin jefe los más próximos á nuestro dominio, se replegaron hacia sus naturales contrarios, para atacar juntos las fuerzas del declive, es decir, las mías. Impedílo con toda rapidez relevando á Sorollá y mandando á éste que adelantase por otro sendero para cortar la retirada á los que huían, y se hizo la operación con tanto acierto, que en breves instantes los apedreadores de la clase baja se dieron á correr como gamos, perseguidos á pedrada limpia por mis hombres.

Bajó el general á felicitar me, y yo, dando por medio de un redoble la voz de «alto la pedrea», mandé

al ayudante á que dejara en la llanura tres guerrillas, por si los fúgitivos se rehacían y atacaban nuevamente, cosa que no entró en sus cálculos hacer.

—Muy bien, amigo mío — exclamó el general, abrazándome; — ganado tienes el fajín, y además esta estrella que te coloco en el pecho, pues no tenemos cruces. Yo mismo no habría dirigido con tanto acierto las operaciones.

Fuimos á ver al preso y le sujetamos á un minucioso interrogatorio. Nos dijo que unos cuantos obreros albañiles y aserradores de la fábrica de Viesa, habían convenido en ir á pelear aquella y otras tardes. Que no habían organizado ejército alguno, pero que él era muy aficionado á tirar la honda, y que si lo permitíamos, seguirían trabando combate. Contestóle Soler que en aquellos dominios suyos nó, y el otro repuso que daba su palabra, para que le dejasen en libertad, de no molestarnos y de ir con los combatientes de su laya á los almarjales.

—¿Puede soltársele? — me preguntó el general.

—Sí, — contesté — pero me parece que con la condición de que formen mañana los dos bandos, sin hondas (que nos entregarán previamente), y nos rindan pleito homenaje, reconociendo el feudo que ejerces sobre el castillo, el declive y el llano.

Repuso el preso que se conformaba si le prometíamos aceptarle una pedrea dentro de los ocho días sucesivos, tiempo durante el cual él instruiría su gente. Dímosle palabra, estrechó con efusión nuestra mano y se fué.

Llamadas por el tamborcillo subieron las guerrillas, y formando en línea, el general, previo mi consejo, nombró capitanes al sargento Sorollá y al cabo Martín, cubriendo las vacantes de éstos con los individuos que más se señalaron en la contienda, uno de los cuales llevaba la frente vendada por un pañuelo, de resultas de un chirlo superior. El enemigo debió de retirarse con no pocas descalabradas.

Proclamó el ayudante la orden para el día siguiente; haríamos todos los escolares novillos, y á las tres de la tarde, ni minuto más ni menos, bajo penas severísimas, nos hallaríamos frente al horno en correcta formación. A las cuatro me encargaría yo de las dos guerrillas, subiendo á posesionarme del castillo y á plantar mi bandera en la torre del homenaje, que era precisamente la que dominaba el campamento. Dejando allí una guardia con su sargento, bajaríamos después al declive, tomando posiciones de avanzada en el llano para recibir á los rendidos insurgentes. A las cinco subirían, saludados con todos los honores de guerra, los dos jefes contrarios, á refrescar en el horno, en compañía de la plana mayor, para lo cual los jefes pagaríamos nuestro correspondiente escote. A las seis se disolverían las fuerzas del enemigo, quedando los huéspedes en rehenes media hora más, y despidiéndoles militarmente después de entregarles las hondas, sin más que dejarnos dos de ellas en señal de que volverían, acabado el armisticio, á entablar la pedrea segunda, definitiva en cuanto á ellos, por lo que toca á ulteriores derechos sobre aquellos lugares.

Terminado aquel pregón singularísimo, que acreditaba de agudo al general Soler, y que daba idea de lo serio que tomábamos nuestro papel de beligerantes, oyóse un viva entusiasta y unísono.

Formaron las guerrillas en columna de honor, mandada por el titulado teniente coronel Cortul, quien llevaba á retaguardia de las fuerzas al comandante Medina, y á mi orden de marcha desfilaron, con la vista oblicua, frente al general.

CLAK



— ¡ Sabes que si las focas fuesen como tú irían muchos exploradores al polo

Holgazán... pero astuto

Hallándome en tertulia agradabilísima, alguien empezó á leer cuentos ingleses en un libro que tenia delante de los ojos. Como ese libro no *ha sufrido* todavía ninguna traducción, bien pudiera vestirme con plumas de ganso—y conste que no lo digo por el autor de los cuentos ni por mi—y atribuirme la paternidad del artículo; pero como yo tengo conciencia relativa á la usada en este siglo XIX, prefiero cantar clarito y declarar que sólo oficio de fonógrafo.

Este era un obrero inglés, fuerte como álamo recién podado y tuno como ardilla; encargáronle, junto con otros, de abrir una gran zanja, donde se habían de introducir, cuando existiera el hueco suficiente, hermosas columnas que sirviesen de sostén á elegante y majestuoso edificio destinado á vivienda de un *milord*.

A Harris, que así se llamaba el operario, le encocoraba mucho aquello de tener que estarse toda la mañana y toda la tarde dale que le das á la azada, socavando el agujero constantemente.

Figuraos lo que rabiaria cuando en cierta ocasión, en que había ido á comer unos *sanwichs* y á beberse dos peniques de cerveza, se encontró á su regreso con que toda la tierra hacinada en los bordes del hoyo, atraída sin duda por la



— A los ojos de aquellos señoritos les pasa lo que á los cañones que yo me sé: que no hacen blanco

que había en el fondo de aquel pequeño precipicio, se había ido dentro del agujero, relleniéndole en toda su profundidad.

Harris, que, cosa rara en los de la Gran Bretaña, era susceptible de desesperación, se mesó los cabellos, mordióse los puños y dióse cuatro trompadas en cada ojo, como signo cierto de reconcentrado coraje.

— ¡Adiós, trabajo de una semana! ¡adiós, esfuerzos poderosos!.. ¿Tener que coger otra vez el azadón y al martirio de sacar tierra?.. ¡Nunca!

Y el ladino inglés empezó á discurrir, ya sosegado, un medio de volver las cosas á su estado anterior, sin que él tuviera que molestarse en lo más mínimo. De pronto sus ojos brillaron con expresión de alegría.

Clavó la azada en tierra, puso encima su chaquetón y su sombrero, y se marchó á la taberna más próxima, que estaba muy cerca del lugar del trabajo.

*
* *

Pasaron tres ó cuatro horas y cuando los compañeros de Harris, sudorosos y jadeantes, luchaban con la tenacidad del terreno, abriéndole anchas heridas en su carne de barro, á uno de ellos, se le ocurrió gritar, con la característica aspereza de su idioma nativo:

— ¡Harris!..

A lo cual nadie, absolutamente nadie contestó.

Llamóle por tres ó cuatro veces, fué luego á buscarle junto á su hoyo, y no estaba allí. En cambio la azada, el sombrero y la blusa se encontraban junto al mismo, y la tierra dentro llenando toda la zanja. ¡Horror!.. ¡Vaya una idea negra la que se le ocurrió!

El colega del holgazán llamó á todos sus cofrades, les habló al oído y juntos empezaron ardientemente, sin descanso, la tarea de



— El empresario no se ha fijado en mí bien, cuando sólo me hace servir de figura decorativa.

quitar toda aquella tierra asesina que seguramente se habia derrumbado sobre el cuerpo del simpático trabajador, alegría de la obra.

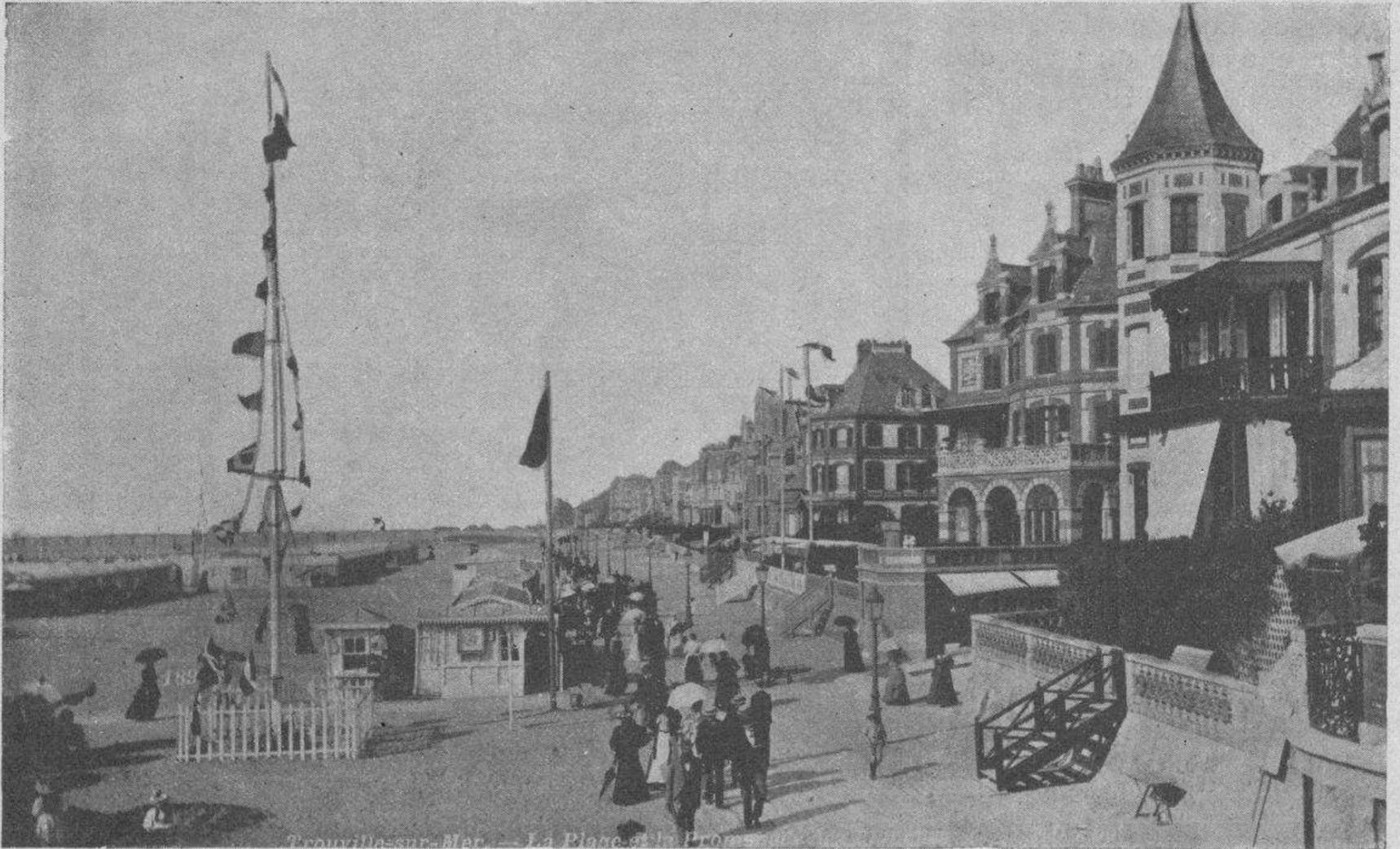
- ¡Pues no parece!—dijo uno angustiosamente, sacando con la azada una arroba de barro
- Estará muy adentro—arguyó otro.
- Si este hoyo tiene ya la profundidad que tenía antes del derrumbe.
- Debe estar más abajo—murmuró un confianzudo.

Harris salía en aquel momento de la taberna, tambaleándose no poco, por efecto del vino, y arrojando humo de su voluminosa pipa.

Rió estrepitosamente, como buen borracho, y dijo á los asombrados trabajadores:

—Gracias, amigos míos, por haberme substituído en el trabajo que me correspondia...

MARTÍN DE LA CÁMARA



Trouville-sur-Mer (Francia). — La playa y el paseo.

Huyendo el bulto

Sí, te quería mucho, con locura,
tan bien lo sabes tú como yo mismo;
pero el tiempo ya ves que pasa, y huye,
y el amor tiene invierno como estío.
No me culpes á mí si se enfriaron
aquellos juramentos de cariño:
ni yo soy el primero que abandona,
ni la única eres tú que sufre olvido.
Quiso Dios que en el mundo todo fuera
mudable, inconsecuente, nada fijo,
y el amor cæe dentro, por lo tanto,
de la esfera vital de lo finito.
¿Te olvidé?... Pues ¿qué quieres? Yo no hice
más que aquello que á Dios le plugo y quiso.
Sin embargo, hay un medio que es posible
te diera resultados positivos.
A fuer de ser cristiana convencida,
te vas á cualquier templo. Ya en tu sitio,
muy cerca del altar donde está expuesta
la efigie escultural del Santo Cristo,

le rezas unas cuantas oraciones,
pidiendo te devuelva mi cariño...
á no ser que El opine conveniente
que lo des para siempre por perdido.
De todos modos, prueba. ¿Que Dios dice
que yo vuelva á ser tuyo?.. Muy bien dicho,
me someto á su fallo; mas si cree
que debes renunciar al amor mío,
renuncia, hija, renuncia y no te empeñes
en variar del Eterno los designios
Que ¿cómo has de saber sus decisiones?
Fijándote en mis hechos. Si á los cinco
ó seis días del ruego, ves que paso
por tu lado impasible y no te miro,
pierdes toda esperanza; y al contrario
si me paro, te miro y me sonrío.
¿Dices que desconfías de ese medio?
Pues hija, haces muy mal y... no me explico
cómo pudo fiarse de un pobre hombre
la mujer que recela ¡hasta de Cristo!

FLORENCIO BELLO SANJUAN

Sátiras y azotes



Apuesto una babucha del moro de los dátiles á que Juan Fastenrath no alcanzaría favor y predicamento si fuese español. Ya se ve: para ciertos directores resulta soprendente que un caballero alemán escriba en castellano. ¿Han oído ustedes cosa parecida?

¿Pero escribe, electivamente, en castellano ese señor? Será en lengua bárbara, muy figurada la sintaxis y con licencias... ignoro si apostólicas.

No hay como coger cualquiera de sus artículos y pillar el primer párrafo que salte á la vista.

Por ejemplo: «en vano brillas, oh sol, por medio de las nubes sombrías». Donde resulta que Fastenrath convierte al nublado en limpia botas del astro rey. Ilumina el sol las nubes, brilla sobre ellas, cuando hay cerrazón en el horizonte, ó atravesándolas, si se abre un claro; pero no las utiliza para echar lustre. ¡Digo, y que no se dan de cabezadas los sombríos nubarrones y el claro y refulgente Febo! Insulto es ese de lesa majestad mitológica. ¿Para cuándo reservas tu cólera, oh Júpiter? Mi hombre está á la altura de una zapatilla inglesa en descubrimientos astronómicos, en metereología ó en manejo del habla, conforme se quería demostrar.

Otro botón de muestra: «Era una crueldad sin segunda, una falta irreparable é imperdonable, lo que hizo el joven Guillermo II». Aparte de que la crueldad no tiene segundas ni primeras, como las letras de cambio, ó que, admitiendo con mucha voluntad el tropo, lo cruel resulta ahí inconsciente y podría ser irreparable, pero no imperdonable, la locución se nos ofrece con una primorosa concordancia vizcaína. ¡Tan primorosa!

No queda en eso el caso: en la retórica *fastenrathiana* hay más: «el día en que hemos sabido la pérdida del gran alemán.....» ¡Cielos! ¿volverá á morirse? Porque si lo hemos sabido es evidente que otra vez nos tocará el turno de saber lo propio, cosa que viviendo nosotros debería ocurrir porque se nos olvidara, y *redivivo* el gran alemán, porque él de nuevo se nos perdiese. Un enigma egipcio. De todas maneras, ¡qué suerte para Bismarck!

Porque es de Bismarck de quien se trata... y también de *La Ilustración Española*.

No extraño que un alemán desconozca el valor de nuestras voces y construya enrevesadamente, atropellando de paso los verbos; pero, señores, ¡que toda una *Ilustración* (que debería ser, aunque no lo es, por su historia el primer periódico literario) tolere tales escritos! ¡Y sin enmienda! En cambio, ¿á que no concede ni aun los honores de la lectura á trabajos de escritor castellano, que con méritos suficientes, pero no reconocidos aún por la fama ó por la gacetilla ramplona, ó por la influencia de salón, trate de figurar en sus columnas?

El nombre de Fastenrath, titulado literato amigo de España, que no posee ni aun estilo, es otro de los nombres que ruedan por ahí con acompañamiento de bombo.

No es extraño: en la *Española* hace mangas y capirotos de la historia y de la gracia, Bremón, que es otro Fastenrath... más castellanizado.

Para concluir, esto que no tiene desperdicio: «El canciller difunto embarga los espíritus todos, y realiza una campaña de conquista (*¡Hurra, Bismarque Cid!*) por ambos hemisferios (*erudición geográfica de á cuartillo de real la entrega*), haciendo olvidar por un momento, hasta á los hispanófilos (*¿sin segunda?*) Cuba y las Filipinas, Cavite y Santiago, Montojo y Cervera.»

¡Oh, portento lógico!

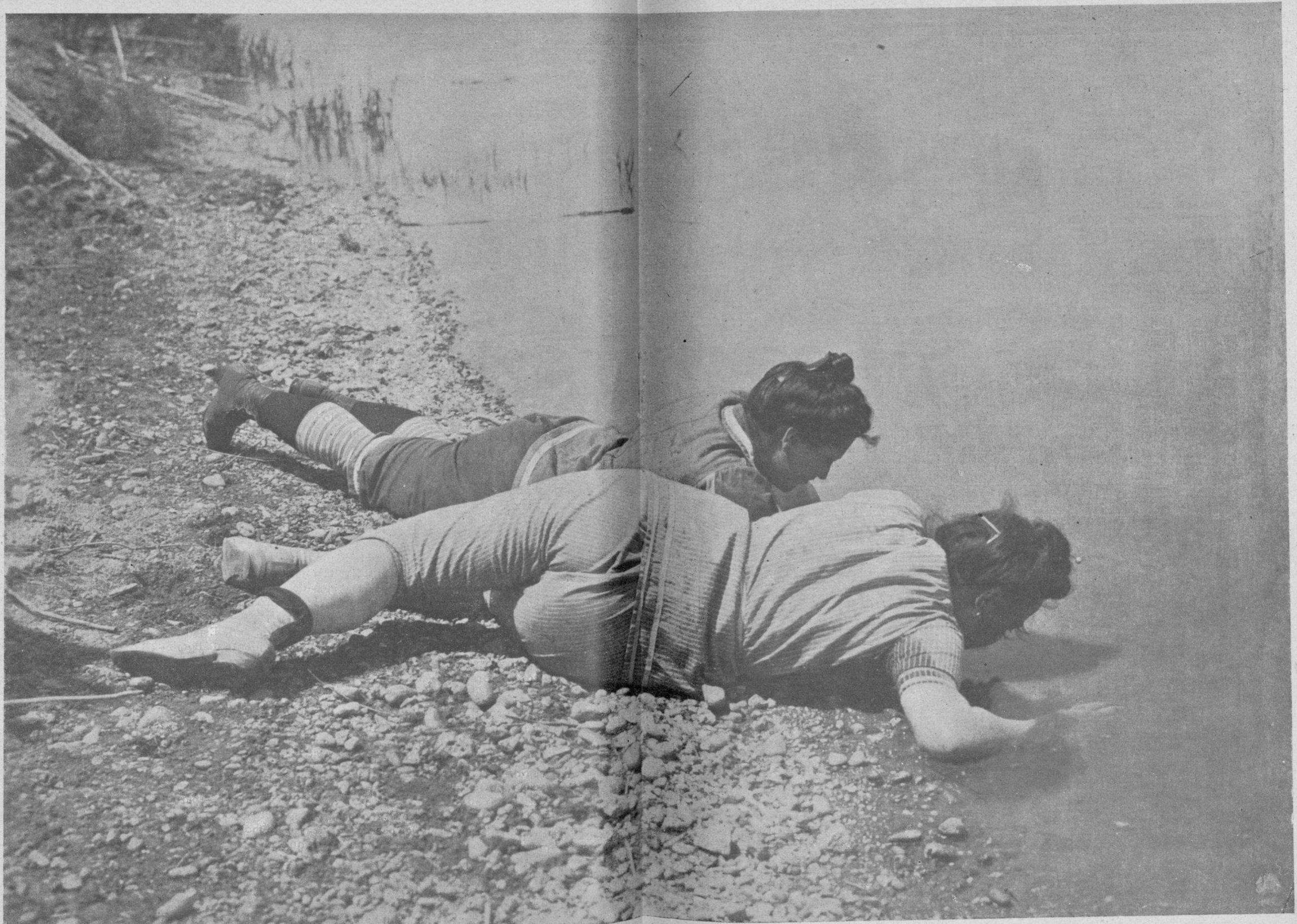
Pero no quiero glosar el párrafo; basten las notas y los paréntesis. Quiero decir al ilustre Fastenrath, con todo el respeto debido á la memoria del difunto, que no hay tales carneros; que por lo menos aquí no se olvida ni por un momento, toda esa monserga que ensarta de islas, símbolos y nombres.

Porque para nosotros, con valer tanto Bismarck, no vale ni la suela del zapato de cualquier héroe anónimo que haya perecido en defensa de la Patria.

¡Bismarck! ¡A mí me tiene sin cuidado la muerte de Bismarck!

TIRÓN





— ¡ Qué grande es la Naturaleza ! ¡ Hermoso cristal dónde podemos meter la mano sin cortarnos !

Apéndices á la Historia

VESPASIANO Y SU TIEMPO

«Decíamos ayer»... que el emperador Vespasiano, admiró la frescura del docto profesor de primeras letras, y le propuso que cuidase de la educación del príncipe heredero de la corona.

Quintiliano preguntó:

—¿Vamos á verlo?

—Como quieras. Ahora juega con unos chirimbolos que acaban de traerle de los Estados Unidos... Verás qué precoz. Es muy revoltoso. ¿En qué dirás que se entretiene? En elevar globos de papel de fumar.

El Emperador y Quintiliano, pasaron al cuarto de Tito, que así afirma la historia que se llamaba el niño.

Vió el maestro un muchacho sucio y feo como Picio, que se entretenía jugando con un ferrocarril de hojalata.

La presencia de los hombres pareció disgustar al nene, que suspendió los juegos.

—Ven acá, Titito—dijo Vespasiano. Y como el príncipe no obedeciera su mandato, añadió: —¿No vienes, rico? Vamos, no seas tontín. Este señor te quiere mucho y te comprará juguetes.

—¿De veras?—exclamó Tito abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí: te compraré una escopeta.

—¿Y me darás chocolate con ensaimada?

—El chocolate con ensaimada—murmuró Vespasiano es su delirio.

—Te daré todo lo que quieras.

Halagado Tito por aquellas promesas, abandonó sus juguetes, y se acercó á Quintiliano.

—¿Qué tal el mocoso?—preguntó el Emperador.

—Permite, señor, que antes le haga algunas preguntas, para que forme juicio.

—Te advierto—añadió Vespasiano—que Titito ha ido dos años á la escuela de párvulos, y otros dos al colegio de las hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús.

—Y me daban confites y caramelos—dijo el niño relamiéndose.

—Son muy amables las buenas monjas—confirmó Quintiliano. Y sentando á Tito sobre sus rodillas, prosiguió:

—Vamos á ver, monín: ¿qué has aprendido en el colegio?

—He aprendido á rezar.

—Dí el Padre Nuestro, hijito—interrumpió Vespasiano.

—Que no lo diga... Eso ya sé yo que lo sabrá. ¿Qué otras cosas te enseñaban?

—La lengua...

—¿Cómo la lengua!

—La lengua francesa.

—¡Ah! ¿Con que sabes francés?

—Algunos temas nada más—dijo el Emperador.—Como quiero que Tito sea hombre de provecho, mi idea era que aprendiera francés, un poquito de partida doble y cálculo mercantil. Con estos conocimientos nadie se muere de hambre. ¡Están tan malas las carreras!..



— ¡Caramba! ¿te ha mareado el perfume de las flores? — Nó; me ha mareado la cerveza.



El infierno de la vida. Uno de los círculos no pintados por el Dante.

- También sé geografía é historia sagrada.
 —Eso me gusta.
 —¿No te aseguraba que es un portento? Encontrarás pocos niños que á la edad de éste hayan leído tanto.
 —Muy bien, muy bien.
 —No obstante es preciso ordenar las lecturas y aprovecharse de las máximas sublimes, de sabios, como Píndaro, Homero, Agahas y Moret.
 —Todo eso, lo conseguirá Tito con tu ayuda, si es que quieres encargarte de su educación.
 Algo meditabundo quedó el maestro, quien al cabo dijo al Emperador:
 —Consiento, pero tengo que imponer algunas condiciones.
 —Exponlas.
 —A cambio de mis trabajos, quedaré eximido del pago de contribución de consumos.
 —Aprobado.
 —Se me dará gratis la cédula personal.
 —Concedido.
 —Y obtendré un destinillo en el Ayuntamiento para no prestar servicio y cobrar la nómina.
 —Mucho exiges—murmuró Vespasiano haciendo muecas. Por todo paso menos por lo último. No puedes imaginarte cuántos son los zánganos que comen del presupuesto.
 —Haz lo que te convenga.
 Siguió durante algunos minutos la conversación entre el Emperador y Quintiliano, éste apretando y el otro aflojando, hasta que sonaron las doce en la clepsidra de la iglesia próxima.
 —Decídete—dijo el maestro—que me está esperando la comida.
 —Llévate á Tito y hazle que sea digno de su padre.
 —No se hable más.
 —Perfectamente.
 Y volviéndose al niño, añadió Quintiliano.
 —Vamos, pequeño.
 —¿A dónde?
 —A mi casa. Desde hoy vivirás conmigo, estudiarás mucho, y aplicándote serás lo que quieras.
 —Quiero ser conductor de tranvía, para llevar gorra con galón dorado y bolsa con muchas perras.
 (Ya empezaban á llamar *perras* á las monedas de cinco céntimos en tiempo del divino Vespasiano.)
 —Eso es muy ordinario—exclamó el maestro,—serás...
 —Conductor de tranvía, ya lo he dicho.
 —Ya lo veremos más tarde—dijo el Emperador de mal talante. Vete con este señor.
 —No me da la gana.
 —¡Cómo se entiende! Ahora verás.
 Marchó iracundo Vespasiano hacia su hijo; éste se acurrucó en un rincón del aposento, protestando con gritos y lloros. El Emperador levantó la túnica del niño y posó varias veces su mano en las nalgas imperiales, hasta que el docto maestro, cogió á su tierno discípulo por una oreja y lo sacó arrastrando.

CALPURNIO SICULO

Rosalía

(A MI BUEN AMIGO DON RICARDO VILÁ)

La pobre vieja sufría de continuo fuertes ataques que ponían en peligro su existencia. Pero aquella noche llegó á tal extremo su abatimiento, que apenas se percibía el sonido de su voz. Incorporándose á duras penas sobre la misera cama, parecía como si quisiera llamar á alguno; pero en la habitación no había nadie, y el silencio que reinaba hacia más espantoso aquel cuadro en el que, á través de los cristales de una ventana, descubriáanse las obscuridades de la noche y el tenue resplandor de los astros, que vagamente dibujaban en la sombra las siluetas de los campanarios y las azoteas de la parte alta de la ciudad. Las luces de los reverberos esparcíanse en distintos puntos, dando á la decoración un aspecto sombrío...

La infeliz octogenaria se agravaba por momentos, sin tener otro auxilio que el de una mujer que residía en el piso contiguo.

Hallándola en tan deplorable estado le preguntó:

—¿Quiere usted algo? ¿Qué puedo hacer por usted?

La enferma con voz apagada dijo:

—Quiero ver á mi hija... ¡Rosalía!

—Aguarde usted un poco, que iré á buscarla.

—Será inútil; no vendrá, no vendrá.

Rosalía era hermosa y muy joven, pero algo propensa á caer en las debilidades de la vida. Tenía, sin embargo, buen corazón y se había conquistado el afecto de un rico banquero, que la distinguía en gran manera, derrochando por ella fuertes sumas de su patrimonio.

Encontrábanse los dos en un baile de sociedad, cuando se presentó una señora que dirigiéndose á Rosalía, la habló así:

—Su madre de usted se muere.

Rosalía se desprendió de los brazos de su amante, y sin decir palabra, transida de dolor, desapareció con presteza de la sala.

Al banquero le puso hosco aquella conducta y salió persiguiendo á su querida. La alcanzó en la calle.

—¡Eh! ¿Qué significa eso?—preguntóle.

—Significa que he oído la voz de la naturaleza que me llama al deber.

—Pues te mando que te quedes conmigo.

Rosalía siguió andando sin contestarle.

El banquero con cierto enojo exclamó:

—Si no me sigues, lo pierdes todo. Te lo juro.

Ella volvióse indignada exclamando:

—¿Y qué me importan sus riquezas, si se

muere mi pobre madre? Siga usted su camino, que ya nada tengo que ver con usted.

Cuando llegaron al zaquizami las dos mujeres, la anciana pudo aún reconocer á su hija, y en un esfuerzo supremo la atrajo á sí con sus descarnados brazos, balbuceando débilmente:



— ¡Ellos, quiá! ¡A la salud de España!

—¡Hija del alma! Moriré feliz si me prometes seguir por la senda del bien.

—¡Madre!—dijo entre sollozos Rosalia.— Lo juro. Su hija será en lo sucesivo honrada.

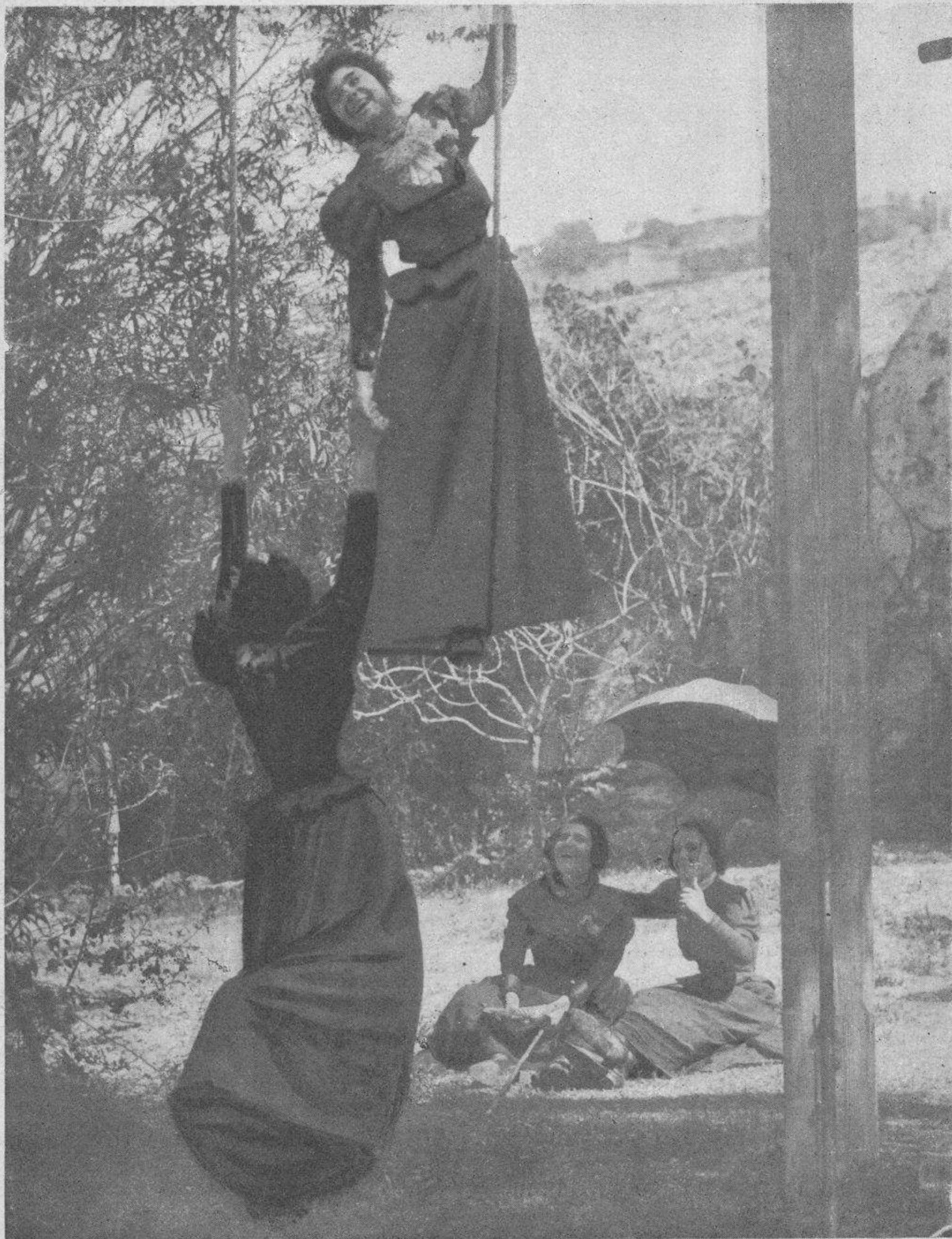
—¡Honrada!.. ¡honrada!

La pobre madre dejó escapar estas palabras con gran precipitación. Luego quiso de-

cir algo más, pero se extinguió su voz á tiempo que sus párpados se cerraban para siempre.

La claridad del naciente día se difundió en el aposento mortuario, sorprendiendo á la hija en brazos de aquel cuerpo inerte, en cuyo semblante se reflejaba el gozo postrero de un alma agradecida.

FRANCISCO COLLADO



— Anda, ahupa, de un bote arriba.

— ¡Quiá! Yo no soy como Enrique para confundirte con una pelota.

La bestia humana

I

Despertó Adriana sintiendo la abrasada caricia del sol en el rostro. Despejándose miró á su alrededor, sin darse al principio cuenta del sitio en que se hallaba. Aquellas paredes desnudas no eran las de su alcoba. Al dar una rápida vuelta en el lecho tropezó con el cuerpo de Luis, que dormía profundamente á su lado. Reprodujosele entonces la visión de la última noche.

Recordó la violenta escena con Andrés, las groserías que hubo de sufrirle, la salida brusca de su casa, sus

paseos por las calles, su encuentro con el otro, un extraño, y por último, su docilidad en seguirle.

Mirando hacia el techo, reflexionaba que había sido su vida un resbalar interminable por la pendiente del vicio; veíase rodando de escalón en escalón, pasando de mano en mano, siendo á veces querida de uno solo y teniendo otras que entregar su cuerpo por un puñado de monedas.

Y ahora, ahora que creía haber llegado al final y con derecho al reposo, que había tomado en serio su unión (ilegitima, pero lazo al fin) con Andrés, hallábase lo mismo que antes, rodando por el arroyo y sufriendo los atropellos bestiales de los hombres. El único que había despertado sensaciones dulces y amorosas en su corazón, la engañaba también.

II

El despertar de Luis fué alegre; siempre lo es el de un muchacho á los 25 años.



—Hola, chiquilla, ¿qué tal has dormido? — le preguntó, besándola.

Adriana le devolvió las caricias y le dijo mimosamente « si la quería ».

—¡Vaya! ¿no te he de querer? Seré amigo tuyo.

Era triste, Adriana lo comprendía; Luis no contemplaba en ella más que á la mujer que la anterior noche se le ofreciera espontáneamente.

—No te conocía. ¿Dónde has estado?

—En mi casa.

—Hola, ¿tenías casita? ¿Y con quién? Porque tú, con esa cara tan rica, no puedes estar sola.

—Pues con uno á quien yo queria mucho y que no lo merece.

—¿Le has dejado?

—Nó; calculo que me dejará él á mí, después de lo de esta noche.

—¿Lo sabe?

—Se lo figurará, pues se lo anuncié.

—¿Reñisteis?

—Sí, por una tontería, la cosa después se fué agriando, me dijo algunas palabrotas y hasta ¡Dios mío! casi llegó á pegarme.

—¿Le habías dado celos?

—¿A él? No me hacía el favor de tenerlos; fué por un motivo más bajo, cuestión de intereses.

—¿Contigo?

—Ya ves tú; me arrojó en cara que me mantenía y que carecía de dinero por mí. ¡Es un tío! Yo me indigné, protesté, y después de la bronca, salí á la calle.

—¿A dónde ibas?

—No lo sé; salí por apartarme de su lado; me repugnaba; anduve á la ventura, tú me dijiste no sé qué y te seguí; ya sabes lo demás; ¿estás contento?

—¡Vaya!

Seguida largo rato la conversación, se levantaron; ella malhumorada: temía dejar aquel asilo; él, solícito y satisfecho.

Adriana fué vistiéndose lentamente, ayudada por Luis.

—¡Anda! Quédate con Dios.

—¡Espérate, mujer!

Y le entregó un puñado de monedas, que cogió la infeliz recordando su antigua costumbre de ser pagada, pero no sin sonrojo y pena ahora.

—Vendré á verte — dijo en voz baja, y salió.

Luis la dejó marchar, obrando mal; debió recoger á aquella pecadora arrepentida, y procurar que fructificara en su espíritu la semilla del bien.

III

En la calle, Adriana vaciló breves instantes y por fin se encaminó á su casa, segura de no encontrar á Andrés; él salía siempre á aquellas horas; recogería algunas cosas suyas y no volvería más.

Se equivocó. Cuando al entrar en su habitación halló á su amante, no supo qué decirle; quedóse perpleja, confusa, triste.

—Vamos, ven, ¿has parecido? Menos mal.

Y dió un paso hacia ella.

Adriana retrocedió bruscamente, y en este movimiento dejó caer el dinero, que aún llevaba en la mano.

—¡Hola! ¿traes guita? Más vale así.

Y recogiendo algunas monedas, añadió:

—Mira, aparto esto porque lo necesito yo, y con el resto podremos pasar el día en el campo almorzando, ¿te parece?

Adriana lloró, lloró mucho más que al recibir de Luis el precio de su infamante trabajo.

MIGUEL ARDAM



— ¿ Les parece que tengo cara de vencida?

Cañitas

Yo comparo el ataúd
en que se encierran sus restos,
á un globito de cristal
que tiene una imagen dentro.

Me fuí ayer al hospital,
y le pregunté al Galeno
si por mirarme tus ojos
es fácil que quede ciego...

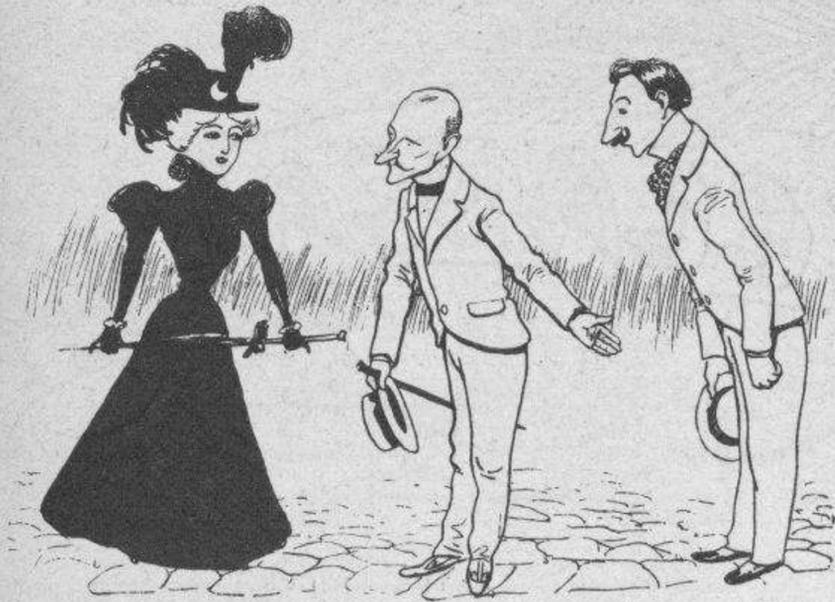
Lo mismo te pasa á ti
que á las cuerdas de guitarra,
que sólo resultas buena
si las otras te acompañan.

J. ENRIQUE DOTRES



Rigodón ideal.

¡Vuelo por dulces!



Don Nicomedes.—Pues, sí; tenía ganas de que le conocieras. Muy pillo ¿eh? Hombre de historia. Ya ves tú, Rafaelillo, que hembra la mía.

Rafaelito — Chico, perdona, pero aunque te ofendas, digo que es muy guapa.

Candidita.—¡Por Dios!

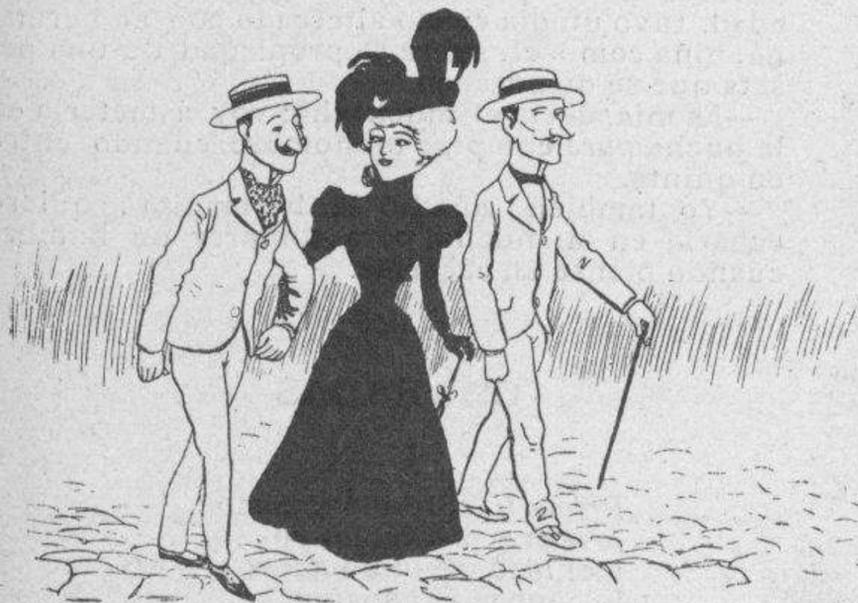
Don Nicomedes.—¡Jé ¡jé! ¡Si es lo más tuno! Y á propósito, me parece acertado solemnizar el encuentro. Comes en casa. Y en prueba de ello voy á comprar un paquete de dulces.

Rafaelito.— ¡No sé si debo... ¡Otro día! (*Reflexionando*). ¡Cristo, qué fortunado Lo del César. ¡Qué marido más necio, armas al hombro!

Candidita.—Siendo tan amigos... ¿será usted tan poco amable que desaire la invitación?

Rafaelito.—Señora... lo que es á usted no me resisto. Sería falta inexcusable.

Don Nicomedes.—Nada, nada; le das el brazo



Rafaelito.— Lo dicho: ó tú mía, ó yo de la muerte. Por allí pasa un coche; los momentos son preciosos. ¡Eh, cochero! ¡cochero! ¡bárbaro!

Candidita.— ¡Jesús, qué compromiso! ¡Y es capaz de matarse, le conozco bien!

Se acerca el coche; Rafaelito abre nerviosamente la portezuela y empuja con violencia á Candidita, gritando al cochero: A escape; revienta el caballo; piérdete por las afueras de la ciudad. ¡Cinco duros de propina!

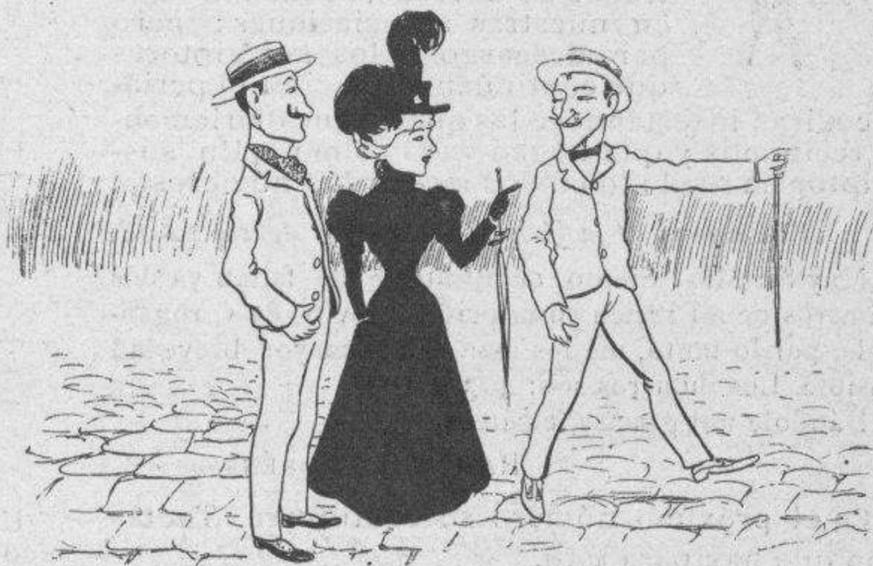
Aun no se han metido en el carruaje, cuando llega el tonto de don Nicomedes Porlana; se le caen la venda de los ojos, los palos del sombrero, y el bastón de las manos; pero aprieta con fuerza el cucurucho, exclamando: ¡Qué hago con estos caramelos y confites? ¡Pillos! ¡Que no haya visto yo que los de caballería van siempre al galope!

Escena en la calle; acción rápida, porque hay cosas en la vida que no se pueden verificar más que en un tiempo; personas: Don Nicomedes Porlana, empleado, de cuarenta años para arriba, edad en que es desventura poseer una esposa como Candidita, de veinte, muy guapa, coquetona y para mal de males, rubia: sobre todo si ha conocido de antemano á Rafaelito Todasellas, joven, elegante y simpático, aunque exageradamente bruto. Anomalía es, pero ¡váyale usted con flores á la naturaleza!

Don Nicomedes. — Te presento á mi amigo Rafael, subteniente de caballería.

Rafaelito.— Señora, á los pies de usted. (*Aparte*) ¡Cristo, si es ella, mi amor, mi primer amor! ¡Y casual! ¡Qué ocasión para romper las hostilidades!

Candidita.— Tanto gusto... (*Para su capote*) ¡Y de caballería! ¡tanto como admiro yo á los hombres que saben montar! Porque el mío en eso de la equitación es un estúpido.



á mi mujer mientras llego en un salto á la dulcería. ¡Y cuidado con las flores, que yo aunque no soy de caballería, también pico! (*Se pierde de vista.*)

Rafaelito —¿Con que pérdida para mí, y para siempre, Dios mío? O muero de pena, ó me mato, me dejo caer del caballo en la primera revista... y que pase todo el regimiento pisoteándome la cabeza, aplastando mi corazoncito, donde se conserva, como en cera, tu imagen.

Candidita.— ¡Qué horror! Tú no querrás que me mate el remordimiento. ¡Ser yo la causa de un *caballicidio!*

Rafaelito.— ¿Crees que mi pecho es roca ó bronce? N6, n6, me mato. Para mí ya no existe la felicidad.

Candidita.— Quiero que vivas, compláceme.

Rafaelito —Hay un medio: sígueme.

Candidita.— Eso... ¿huir de mi hogar?





IMPORTANTE. — Advertido como está el señor Administrador de Correos, no insistiremos en nuestras apreciaciones; pero para descargo de los suscriptores que continúan sin recibir el periódico, irán insertándose las quejas que diariamente recibimos y que llegan ya al colmo. ¡Un suscriptor ha recibido en dos meses dos números!

Villanueva de la Jara (Cuenca) y Agosto 22-98.

Muy Sr. Mío: Siento manifestarle me faltan ya dos números de mi recién suscripción a LA SAETA, rogándole, por lo tanto, me los mande a la mayor brevedad posible. Los números son: 403 y 404.

Dándole mil gracias, etcétera,

RAMÓN B. LLORÉNS.

En el próximo número se continuará. Tantas son que hay para rato.

En ciertos establecimientos se lee:
«Prohibido escupir en el entarimado.»
Hay algunas disposiciones, á las que no puede uno menos de tragar saliva.

Tomando á premio Miguel
Con cierto plazo un dinero,
Juan, su amigo verdadero,
Dijo:—Respondo por él.
El tiempo corrió veloz,
Y Miguel pagar no pudo;
Pero Juan, que no era mudo,
Respondió con una voz.

EXAMEN DE ARITMÉTICA

Profesor. — ¿Cuántos pies entran en una vara?
Alumno. — Tres.
Profesor. — A ver. ¿Sobre cuántos pies cree usted que tengo yo?
Alumno. — Cuatro.
Profesor. — Sus... penso.

— Y... ¿qué es de Rodríguez?
— Está en el Español.
— Pero... ¿sirve?
— El otro día le vi en el Tenorio y cree que rayó á grande altura.
— ¿De qué hizo?
— De estatua.

Es tan avaro don Pablo
según cuenta su señora,
que en su vida toma el sol
para ahorrarse prestar sombra...

ENTRE AMIGOS

— Hombre. Bonito traje. ¿Quién te viste?
— Un sastre francés. Pues el tuyo no está mal.
¿Tu sastre es francés, también?
— Nó. Es inglés.

Entre dos borrachos:
— Oye, no has medido con equidad; en mi copa hay un milímetro menos.
— Bien, añade dos de agua.

— Chico; acabo de darle un sablazo á uno.
— ¿Habrá sido en buena lid?
— No. Ha sido en buena moneda. Cinco duros.

Un muchacho á quien sus padres enseñaban economía, diciéndole que fuese guardando en una hucha todo el dinero que pudiera, á fin de librarse de la quinta cuando llegase á tener la edad, tuvo un día cierto altercado con su hermana, niña como él, sobre la propiedad de una peseta que se disputaban.

—Es mía, decía el muchacho; voy á meterla en la hucha para comprar un hombre cuando entre en quinta.

—Yo también, añadió la hermanita, quiero echarla en mi hucha, para comprar un hombre cuando piense en casarme.

CHARADAS

I

Prima tres, todos tenemos,
primera dos, tengo yo
y el todo como un adorno
lo conoce el Español.

II

Una segunda primera
es una primera dos.
y esta charada es sencilla
aunque de gran confusión.

Salto de Pulga

1. ^a	2. ^a	♦	3. ^a	4. ^a
-----------------	-----------------	---	-----------------	-----------------

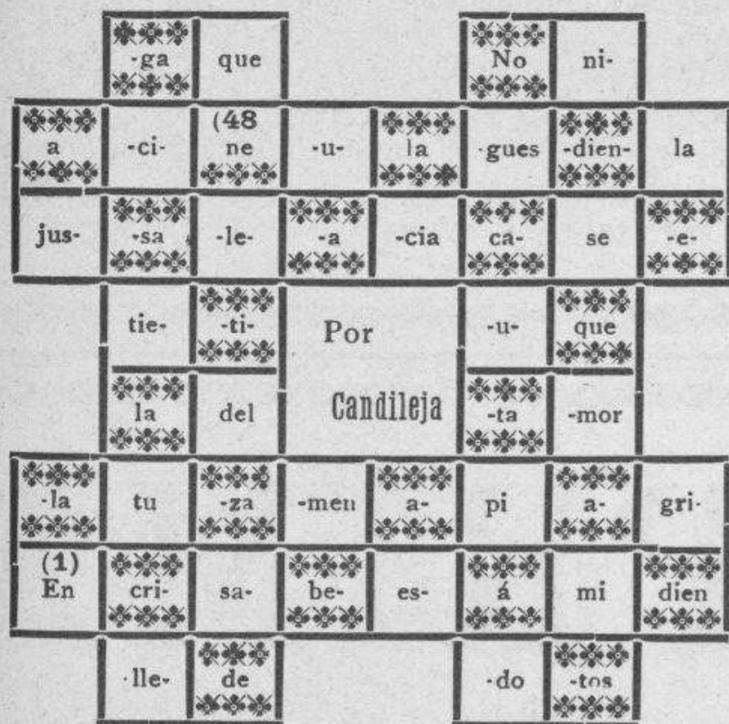
1.^a + 3.^a tiempo de verbo
4.^a + 3.^a en la música
2.^a + 4.^a hierba
1.^a + 2.^a + 3.^a + 4.^a nombre de varón

P. LUQUÍN.

Charada acróstica

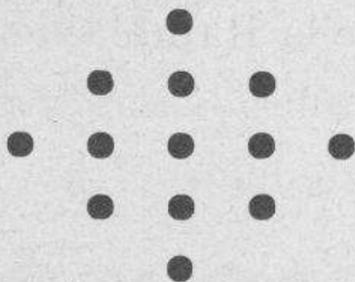
1.^a 1.^a 3.^a 4.^a — virtud
 1.^a 2.^a — adjetivo femenino
 2.^a 3.^a 4.^a — id. id.
 2.^a 4.^a — en el peso
 El todo que es la línea central, herida.
 K. MARÁ.

Salto de Caballo



Empieza en la casilla n.º 1 y termina en la 48.

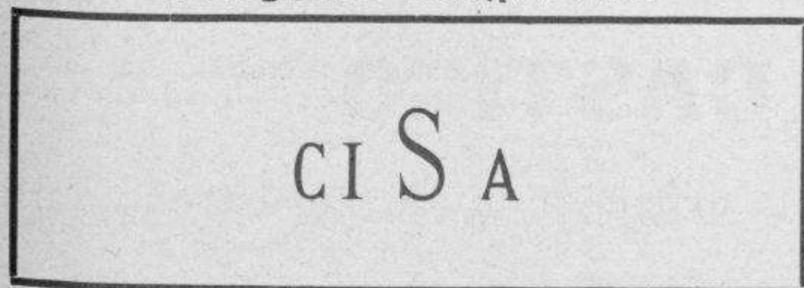
ROMBO



Substituir los puntos por letras, de modo que leídas vertical y horizontalmente, den el siguiente resultado: 1.^a línea, consonante; 2.^a, preposición; 3.^a, verbo; 4.^a, embarcación, y 5.^a, igual consonante que la 1.^a

K. MARÁ.

Jeroglífico Comprimido



M. FERRÁN.

Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA: Francisco.

LOGOGRIFO NUMÉRICO: Gumersinda.

CUADRADO:
 M A L O
 A B A T I R
 A F A N
 T A T E
 L I N E A L
 O R L A

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Atrasados.

Correspondencia

Uno de la esquina. — Bien, hombre; veo que tiene usted un humor tan sano como el mío. Le dispense el anónimo por la gracia que la carta tiene. Sirve con muy ligeras correcciones; mándeme á escape la firma, y supongo que me lo da inédito, y que no ha remitido otras copias á distintos periódicos. Sea franco, y tan pronto como conteste se lo inserto.

E. de L. — Sí, señor; va bien la cosa limando algunos descuidos; sólo que la idea no es enteramente original. Sin embargo, lo guardo en cartera para ver si me envía usted algo mejor, y así, gracioso.

Salvaje. — Aquella bofetada fué,
 porque llamé al mozo animal;
 ¿pues no me sirvió el bisté
 asado...?

Lo creo; á usted le gusta la carne cruda ¿nó?

Trémulo. — ¡Qué bien toca usted el violón, amigo!

El Sargento de la 4.^a — ¡Vaya! esta semana me da por la indulgencia. Lo dejo en turno para ver si puedo reformarlo. ¡Pero esa firma, hombre!

M. A. R. — Me manda usted una sarta de cantares, y dice el primero:

«Yo le dí un cardo á una joven
 y la joven se pinchó,
 y un cardo me dió la joven
 y la joven me pinchó.
 ¿Qué mal le hice yo?»

¿Eso es un cantar ó un cardo silvestre?

T. P. M. — Incorrecto, pero me gusta la entonación. Ese no vale, pero pruebe á mandarme otro... poniendo todo el cuidado posible en el manejo de la métrica y en la elección de asunto.

C. N. — Ni gramática, ni retórica. ¡Está usted frescol!

F. S. G. — «Vamos, Lucio, te pregunto que si has visto á la Petra.

—(¡Aafl.. ¡u... uyl.. aafl..) Hombre
 (¡Aafl.. ¡u... uyl.. ¡aaffi)...

¿Qué es eso? ¿han entrado ya los yankees en la Península?

Pero mire usted, aunque esas imitaciones son difíciles y peligrosas, lo publicaré si me corrige la composición, que además de los versos copiados, tiene otros duros, largos ó cortos. Fíjese.

J. R. — Flojo, flojísimo. Siento no complacerle.

V. Y. — Supongo que si se esmera usted un poco, y sigue por buen camino podrá servirle en otra ocasión. Sobre todo luchar contra la fuerza del consonante, no diluir las ideas y no entretenerse con amorcillos de salón.

J. B. — Divaga usted mucho para meterse en tales filosofías. Veamos otra prueba.

Tente en pie. — Ni eso, ni fiambre.

L. S. R. — Escribe usted primero: «En mi casa abía» y me escamo; cuelga usted esa *hache* que falta á una interjección inocente, cuanto dolorosa, diciendo «mu rió ¡hay!» y... naturalmente ¡ay! me ha dejado usted muy triste.

Perecita. — Por ahora no puedo. Veremos más adelante. Revistas de esas no convienen actualmente á esta dirección. Chascarrillos, mande los que guste y si tienen gracia se insertarán. Semblanzas tampoco. Está bien versificado lo que envía, pero... mande otra cosa.

K. Mará. — Alguna publicaré.

Chorlito. — No sirven, querido chorlito.

A. A. M. — Málaga. — Utilizaré una charada y la tarjeta. Lo demás al cesto.

R. T. R. — Madrid. — Aprovecharé algo.

M. M. T. — Ni fú ni fá, no me gusta. Y... no me llamarán ustedes cruel. Quedan muchas cartas.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**SANTAL
MIDY**

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre

MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre 6 pesetas.

Año. 11 ,

Extranjero y ultramar, un año. 17 ,

Número corriente. 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la critica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**



20 cénts.

Núm. 407

